
Editorial

2010: Año crucial, década decisiva

El bicentenario de la Independencia de la Corona española encuentra a América Latina más dependiente que nunca de una potencia extranjera que, aunque en crisis desde el punto de vista económico y político y debilitada mundialmente, recupera en el continente la política agresiva que había pasado por un compás de espera debido a las aventuras de George W. Bush en Oriente.

El Plan Mérida, que busca reforzar el Plan Colombia, la condescendencia frente a los golpistas de Estado hondureños y el aprovechamiento de facto de esa dictadura por el Departamento de Estado y el Pentágono, el apoyo al gobierno de extrema derecha colombiano y al gobierno derechista peruano, el intento de controlar a México con el pretexto de la lucha contra el narcotráfico, que depende en realidad de Estados Unidos, son las manifestaciones políticas de ese renovado interés, mientras que el papel atribuido a la IV Flota, como en la época de las Políticas de las Cañoneras, es su manifestación militar, tal como lo es también la creación de siete bases –militares, navales, aéreas– en Colombia, para amenazar a Venezuela, Ecuador, todo el Caribe, incluyendo Cuba y Brasil, y colocar una hipoteca sobre las riquezas en agua, madera y petróleo del sistema del Orinoco y del Amazonas.

Por otra parte, la más profunda y grave de todas las crisis cíclicas del capitalismo está lejos de haber terminado y en el 2010, como máximo, podremos ver ritmos más lentos de caída de la economía estadounidense y mundial e inicios de recuperación en algunos sectores particularmente golpeados por la depresión. Las decenas de millones de nuevos pobres y los millones de desocupados y subempleados provocados por esta crisis en nuestro continente no podrán salir de su condición actual –si es que alguna vez lo hacen– antes de que transcurran decenas de años.

La destrucción de capital ficticio (el cual supera en más de treinta veces la producción mundial de bienes y servicios) ha sido muy insuficiente y el sistema financiero está lejos de haber sido saneado, entre otras cosas porque los Estados se

lanzaron desesperadamente a auxiliarlo con grandes inyecciones de dinero de los contribuyentes, o sea, de las víctimas de los tiburones de la especulación.

Además, las prácticas infames e irresponsables de los nuevos Luis XIV de los imperios de las finanzas que piensan “después de mí, el Diluvio” siguen siendo las que llevaron a la crisis. De modo que nos encontramos ante la perspectiva de que esta, como una pelota siniestra que cae por una escalera, vuelva a rebotar en algún escalón inferior de la capacidad de consumo, en un punto más bajo de la civilización, agravando nuevamente los desastres ecológicos y culturales, provocando nuevos millones de desocupados, aumentando aun más brutalmente la pobreza.

Porque el capitalismo sólo puede reorganizarse recuperando la tasa de ganancia a costa de una masiva reducción ulterior de los salarios reales de los trabajadores productivos, del despojo de lo conseguido por ellos en las décadas anteriores, de la depredación de las zonas rurales y de los recursos naturales (bosques, agua, mares), y su recuperación asumiría la forma de una escalera de caracol llena de ruinas resultantes de los sucesivos derrumbes por la que no se sube y que va siempre más abajo.

Precisamente su expansión a todo el globo, al conquistar la ex Unión Soviética, China y Vietnam, aceleró la contradicción entre, por un lado, la capacidad productiva y los límites del consumo a escala mundial y, por otra, entre la propiedad privada de los medios de producción y de las finanzas, concentrada en manos de poquísimos, y la naturaleza y la necesidad de un desarrollo armonioso de la civilización. Precisamente porque por primera vez el capitalismo conquistó todo el planeta, arrasando con las formas precapitalistas o no clásicamente capitalistas (como el capitalismo burocrático de Estado) y las solidaridades y formas de reacción colectiva, la crisis actual es la mayor en la historia de todo el sistema y, particularmente, en la de los últimos dos siglos.

La reorganización del sistema mundial capitalista solo podría ser lograda, reite-ramos, mediante una mayor concentración de la riqueza en un polo, y una mayor extensión de la pobreza en el otro, mediante la anulación de conquistas históricas de los trabajadores, destruyendo los sindicatos y las organizaciones de resistencia, reduciendo sus salarios indirectos (vacaciones, indemnizaciones), alargando la edad para las jubilaciones y privatizando la salud y la seguridad social, reduciendo el papel y la calidad de la educación pública y de los hospitales, prolongando la jornada de trabajo, recurriendo masivamente al trabajo femenino e infantil.

Esta tendencia incluye el control por parte de las grandes transnacionales del agua y de los recursos naturales, es decir, nuevos atentados contra la soberanía y las riquezas de los países dependientes, nuevas violencias imperialistas y que generan la degradación de las zonas rurales mediante la explotación depredadora, extractiva de nutrientes, de tipo “minero”, el monocultivo, la deforestación o la forestación con especies nocivas para el suelo. Incluye también el continuo deterioro ambiental, no sólo por la negativa capitalista, en Estados Unidos, a tomar las medidas necesarias contra la emisión de gases nocivos, sino también por la deforestación de la Amazonia y por el aumento de la explotación carbonífera, altamente contaminante, en China, lo cual contribuye al recalentamiento global y los problemas de este derivados (huracanes, aluviones, recalentamiento de los mares y desaparición de especies, desertificación de tierras fértiles, etc.). Se marcha así

hacia una situación que dentro de no mucho podría ser irreversible. Por lo tanto, estamos en una verdadera carrera contra el tiempo en la que lo que no se hace hoy para modificar las tendencias actuales no podrá hacerse tampoco en el futuro debido al empeoramiento de las condiciones sociales y políticas. Llegó el momento de osar y de actuar; el momento, como planteaba Walter Benjamin, de accionar el freno de la locomotora (o sea, de emprender un cambio social radical) para evitar el desbarrancamiento de la civilización y la destrucción ambiental del planeta.

Además, si la reconstrucción (transitoria, entre la crisis actual y la del próximo quinquenio) se hace a costa de mayor desocupación (o sea, mayor violencia, menor cultura, más miseria) y peores condiciones de trabajo para los trabajadores productivos y de precariedad de los empleos para todos, el margen para la democracia se reducirá fuertemente, no solo porque no hay democracia posible en países con la mayoría de la población en la pobreza y la miseria sino también porque la dominación capitalista dependerá cada vez menos de la obtención del consenso y del engaño masivo y cada vez más de la coerción, de la violencia desnuda. El caso de Honduras debe ser visto en esta perspectiva anti-ALBA y de freno a la radicalización posible de los movimientos sociales al llegar a una situación en la que los enfrentamientos entre las clases se están agudizando rápidamente. Las bases estadounidenses en Colombia tienen el mismo sentido.

Resulta, por consiguiente, fútil y utópico extrapolar la situación de un país dado, considerar que está aislado del mundo, y recetar políticas públicas para él prescindiendo de este contexto y de su dinámica, porque las tendencias mundiales pueden revertir los esfuerzos en pro del crecimiento. Este, por otra parte, no equivale al desarrollo y no significa mayor igualdad sino, en la inmensa mayoría de los casos, un aumento de las desigualdades, como en Chile, donde el crecimiento del PIB coincidió con el de la desigualdad, al igual que en Brasil o Argentina.

Igualmente absurdo y vano es creer que de la crisis del capitalismo se sale con más capitalismo bautizado para la ocasión "progresista" o "distribucionista", o sea, de la utilización del Estado para financiar al capital financiero internacional y a las grandes empresas, que en proporción abrumadora son transnacionales y están ligadas a este.

Sin embargo eso es lo que presenciamos en los países latinoamericanos, tanto en los que cuentan con gobiernos "progresistas" como en los que tienen gobiernos conservadores e incluso en los que pretenden construir un capitalismo de Estado sin la colaboración del capital nacional ni del internacional y con medios administrativos y burocráticos. En el mejor de los casos, en vez de financiar el consumo, se dan subsidios a las empresas clave, que generalmente son grandes transnacionales con mucho mayor peso económico que los países en cuestión, para que solo suspendan en vez de despedir miles de trabajadores, o se les garantizan las ganancias usurarias a los grandes supermercados para que no remarquen los precios. En vez de planificar la producción agroganadera se alienta, como en Uruguay, la extensión del monocultivo del eucalipto para la industria papelera a costa de la ganadería y de la agricultura, arruinando junto al suelo la absorción de mano de obra o, como en Argentina y Brasil, el agronegocio, la exportación de soja, que destruye suelos y comunidades campesinas y amenaza la producción de alimentos humanos como el trigo, la carne y el maíz. Para exportar más se depreda

así el ambiente y el territorio con una agricultura “minera” y con la minería y la extracción de petróleo, como en Perú o en Ecuador. A la crisis se le responde exacerbando la utilización del tipo de métodos productivos y de cultivos y productos más lucrativos en lo inmediato para el capitalismo pero que tienen altos costos para el desarrollo nacional sustentable. Se venden así por nada, para salir del paso los muebles heredados de las generaciones anteriores, o se los quema para calentar la casa mientras dure este invierno económico-social, que no acabará tan pronto. El futuro no cuenta para los que deciden “gobernar” sobreviviendo un día más: sólo se responde a lo inmediato. Y lo poco que se había avanzado en la cooperación y unificación entre los países dependientes de las transnacionales y de las potencias imperialistas está hoy en cuestión, como el Mercosur, la Unasur (que Colombia ahora deserta), el nunca realizado Banco del Sur, el proyectado comando unificado de defensa (hoy en cuestión por las bases en Colombia), la posibilidad de pagos regionales en monedas locales o incluso de una moneda única, postergada a las calendas griegas ante el nuevo acercamiento al FMI y la mayor dependencia del dólar, a pesar de la pésima situación de Estados Unidos.

En cuanto a los movimientos sociales importantes, que son la particularidad de nuestro continente, su carácter local, nacional y sus objetivos parciales, puntuales, los mantienen en el marco político de su presión sobre el Estado nacional en búsqueda de resultados también locales, lo cual, por un lado, les oculta su papel en una transformación regional más vasta y no capitalista y les lleva a depender políticamente de los gobiernos y fuerzas “progresistas”, esperando influir en la obtención de reformas... Empero, esas reformas, absolutamente necesarias, como la agraria, la sanitaria, la educativa, la impositiva, sólo se podrán obtener yendo más a fondo en la construcción del poder popular, para cambiar la relación de fuerzas con los poderes fácticos y derrotar la alianza entre la oligarquía y el imperialismo, pero también para tener independencia del gobierno y no quedar presos dentro de la maraña administrativo-burocrática del capitalismo “progresista”, que decide siempre desde el vértice lo que debe hacer la población trabajadora, sin la participación de esta al establecer las prioridades y al decidir qué, cómo y cuándo se ejecutan esas decisiones vitales.

Incluso los gérmenes existentes de un poder dual frente al capital y frente al mismo Estado contruidos en algunos lugares y momentos en varios países corren el riesgo de estancarse, ante el efecto combinado de la represión y de la falta de perspectivas claras, como sucedió con la APPO en Oaxaca, México; o de ser cooptados y reabsorbidos o burocratizados por los gobiernos; o de institucionalizarse y convertirse en parte del Estado, llevados por una falsa identificación entre los gobiernos progresistas –a los cuales es necesario apoyar pero con independencia– y el Estado, que es una relación entre las clases en pugna y, por lo tanto, puede y debe ser modificado reforzando la movilización, la conciencia y el poder de los trabajadores, los cuales son los únicos artífices de su propio destino, los responsables de abrir una vía no capitalista mediante una tarea que no puede ser delegada.

La necesidad del socialismo democrático, antiburocrático, es diariamente reafirmada por importantes grupos de intelectuales y de trabajadores en países como Venezuela, Ecuador, Cuba y por importantes movimientos sociales en otros más, pero ese socialismo no puede ser construido desde el aparato del Estado y median-

te ese mismo aparato escasamente modificado con respecto al pasado, que sigue siendo un terreno de lucha inacabada y no un bastión firmemente conquistado. Sobre todo porque el entorno económico desfavorable quita instrumentos al aparato estatal y el burocratismo debilita su apoyo de masas. Por lo tanto, los trabajadores libran simultáneamente dos batallas: contra la utilización capitalista de la crisis en clave de mayor opresión y explotación, antinacional y antidemocrática, y la batalla por su independencia política con respecto incluso a los gobiernos muchas de cuyas medidas apoyan, pero que intentan controlarlos, encarrillarlos, someterlos a sus ritmos y objetivos. La lucha anticapitalista, por una alternativa, presupone la lucha antiburocrática, contra los “usos y costumbres” del Estado capitalista y de sus organismos como las direcciones corporativas y burocráticas del sindicalismo de negocios y de colaboración de clase. Una alternativa económica y política requiere, además, un proyecto propio para el país y una visión que supere lo inmediato y lo corporativo por parte de los únicos protagonistas posibles del cambio: los trabajadores en el sentido más amplio del término, el “obrero colectivo” que incluye a los intelectuales, los trabajadores de los servicios, los desocupados que no quieren seguir siéndolo eternamente.

La crisis no debe conducirnos fatalmente a la recomposición del capitalismo en condiciones peores para la Humanidad. Ella puede ser igualmente la ocasión para innovar.

Al monopolio de la tierra y su utilización extractiva, minera, se le puede oponer una reforma agraria profunda, basada en la producción de alimentos por campesinos, en la construcción de polos de desarrollo con agroindustrias locales, en la producción racionalmente organizada, con subsidios adecuados y medidas de coerción si fuese necesario, de los alimentos necesarios para la seguridad alimentaria nacional. Es perfectamente posible la planificación en común a nivel latinoamericano de la investigación y desarrollo en las industrias farmacéuticas y química y en el campo de la ciencia y de la tecnología y de la construcción de medios de transporte, así como en el de la construcción de la necesaria industria pesada que sustente el desarrollo de la industria, sector que podrá absorber la mano de obra desocupada y fomentar el desarrollo, a condición de que no agrave aun más la concentración en las grandes ciudades y el deterioro ambiental y que, en cambio, se disemine en todas las regiones. Incluso la inserción en el mercado mundial como exportadores de materias primas (petróleo, níquel, cobre, soja, granos), que no puede ser cambiada de la noche a la mañana, puede ser negociada colectivamente por grupos de países latinoamericanos, manteniendo precios base, con China o la India, por ejemplo, buscando también aumentar las reservas en otras divisas, con vistas a las futuras crisis capitalistas que afectarán nuevamente al dólar. Pero eso no puede quedar simplemente en manos de los gobiernos ni puede depender de su buena voluntad o de su capacidad.

Países como Argentina, por ejemplo, crecieron durante seis años a un 8 por ciento anual, redujeron a la mitad la desocupación y la miseria, pero hoy, con la crisis, estas aumentan de nuevo de modo alarmante y los salarios reales están nuevamente al nivel del 2001 mientras el país, como Sísifo, se está deslizando hacia atrás. Para evitar este tipo de desastres desmoralizadores, la alternativa, el proyecto de nuevo país, no puede quedar en manos de los técnicos, sino que debe dar base para debates de

los productores-consumidores, de los trabajadores y pobres y de sus organizaciones autónomas a nivel del territorio, a nivel local, regional, nacional, internacional, para fijar las prioridades, establecer planes, coordinar esfuerzos, controlar a las instituciones. Sin autonomía, sin el desarrollo de la autogestión presente en puntos de nuestra geografía continental, sin conocer y asumir conscientemente nuestra historia y ver con claridad en qué momento estamos de nuestra larga lucha por una real independencia, sin capacidad de decisión de los protagonistas de un cambio económico y social, no puede haber una salida positiva a la crisis.

Por eso, desde lo pequeño de nuestro ámbito y con la humildad de nuestros esfuerzos, tratamos de contribuir a la lucha por la independencia real que aún hay que conquistar recuperando del pasado el pensamiento y las experiencias que fueron sepultadas en el casi olvido, analizando cómo se comienza a recuperar la identidad y la cultura propias que fueron negadas, cómo nace dificultosamente una comunidad, cómo los pueblos andinos emprenden caminos inéditos de liberación nacional y social, cómo los trabajadores tratan de responder a la crisis con instrumentos más adecuados, con objetivos menos limitados que los de la simple defensa de un *statu quo* que se derrumba, y cómo la lucha por la democracia es inseparable de la lucha contra la corrupción y la burocratización, o sea, contra un tipo de poder despilfarrador e ineficaz sin control ni participación de los pueblos.

En esta tarea de investigación-acción pedimos a nuestros lectores su opinión crítica sobre los materiales y los temas que vamos tratando para crear así una corriente de intercambios que vaya más allá de los seminarios y congresos académicos o de las reuniones de los movimientos sociales. Más que nunca se necesita una discusión y una visión latinoamericanas, forjada con el análisis de toda la riqueza de las particularidades locales y nacionales para enriquecernos mutuamente y trabajar en la línea de los que, hace dos siglos, dieron las bases para la independencia política del continente.